

BÁRBARA, *para sí.*

Acariciando al niño, nos engatusa este perro y hace de nosotras lo que quiere.

CLAUDIA, *para sí.*

Es un buenazo. ¡Lástima que no tenga dinero! Es lo único que le falta.

FEDERICO.

¿Qué rezongáis ahí? A la cocina, tarascas, y dejarme en paz con mi amigo Fefé.

BÁRBARA, *para sí.*

Ahí te quedas. No hay quien le sufra. Y sin embargo, ni él puede vivir sin nuestros mordiscos, ni nosotras sin sus rasguños. (*Vanse las dos.*)

ESCENA III

FEDERICO, *con el chiquillo en brazos;*
después JOAQUÍN VIERA.

FEDERICO.

¡Qué noche he pasado! Esta vileza de mi hermanita ha concluído de anonadarme. (*Se pasea.*) ¿Tendrá razón Infante sosteniendo que toda la culpa es mía? Pues aunque cien veces lo sea, no transijo con ese cursi maldito. ¿No es verdad, Fefé, que debo mantenerme inflexible? Tú estás en lo cierto. Yo soy como soy, y no puedo ser de otra manera... (*Confuso.*) Y en verdad que no puedo entender por qué causa me es insoporta-

ble este vilipendio, mientras que acepto otros y los llevo conmigo, acostumbrándome á su peso como al peso de la ropa que me cubre. Lo que llamamos dignidad, ¿será función social antes que sentimiento humano? ¿Será ley de ella escandalizarnos de la ignominia que se hace pública y apechugar con la que permanece secreta?...

VIERA, *entrando por la izquierda.*

Bien por los hombres madrugadores. ¡Levantado á las doce del día! Yo pensé que almorzaría solo, y almorzaremos juntos. *All right.* (*Se sienta en un sofá.*) ¡Pero, chico, qué cambiado está nuestro viejo Madrid! Hasta pisos de madera me le han puesto. El lugareño con botas de charol. He salido á dar una vuelta, y el plumplum de las caballerías sobre el entarugado, el sordo ruido de los coches y el olor de la creosota me daban la impresión de Londres ó París.

FEDERICO.

Sí; ha cambiado algo por fuera en los últimos tiempos. Pero por dentro está como tú lo dejaste.

VIERA.

Siempre es el perdido de buena sombra y de muchas trazas, que se contenta con las apariencias del vivir, viviendo en realidad muy mal... ¿Sabes lo que pareces tú ahora? Un San

Cristóbal, de esos que hay en las catedrales. Y el nene es precioso. ¿A quién sale, siendo su padre más feo que su madre, que es cuanto hay que decir?... No (*observando al chiquillo*), no puede ser obra de Pepe. (*Alzando la voz, mira hacia la puerta de la derecha.*) ¡Ah, Claudia, Claudia, veo que siguen los descuidos!... (*A Federico, que se pasea meditabundo.*) Dame pronto de almorzar, que tengo muchísimo que hacer. Y te advierto que mi primera diligencia es ir á ver á Clotilde. No, no te enfurruñes. No puedo seguirte por el camino de la intolerancia caballeresca. Cada uno obra según su carácter y el medio en que respira. ¡Vivimos en atmósfera tan distinta! Yo en un país democrático y rico, donde los apellidos y las posiciones aparentes no suponen nada; tú en un país sin dinero, donde la exterioridad lo suple todo, y donde las posiciones oficiales hacen las veces de riqueza. Nunca aspiré á que mi hija se casara con un noble, con un millonario. Modestísimo en mis pretensiones, y conociendo el país, me ilusionaba con verla esposa de un capitancito de Artillería ó Ingenieros, ó con un abogadillo de chispa, que andando el tiempo se hiciera diputado, y quizás ministro. A ti, que hacías veces de padre, te correspondía el arreglarlo de este modo. ¿Pero qué pasó? Que dejaste á la niña entregada á sí misma, y la pobre tuvo que ele-

gir entre lo que veía. Si en vez del capitancito de Artillería nos ha resultado un chico de mostrador..., es sensible; pero ya no tiene remedio. Claro que no me gusta; pero yo no forcejeo con la realidad. ¿Qué? ¿Hemos de abandonar á la pobre niña? ¿Estamos en el caso de hilar muy fino, muy fino? ¿Quién sabe si el joven ese saldrá listo y trabajador, y poseerá el arte de estos tiempos, que consiste en traer legalmenté á las arcas propias el dinero que anda por las ajenas? ¿Quién sabe si Clotilde habrá labrado, sin saberlo, su porvenir, y el tuyo y el mío, y estará en estos instantes preparándonos una vejez decorosa y tranquila! Ea, no seamos intransigentes ni pesimistas. Aceptemos la realidad, y dentro de ella, saquemos el mejor partido posible de los hechos que no dependen de nuestra iniciativa.

FEDERICO.

No me decido á conceder que tengas razón, ni afirmaré que no la tienes. Sea lo que quiera, yo no transijo. Es cuestión de temperamento. Ciertas ideas me dominan á mi, antes que yo pueda ni aun siquiera formar el propósito de dominarlas.

VIERA.

Ya hablaremos de eso más despacio.

FEDERICO, *para sí.*

Ha perdido toda idea del decoro de su nom-

bre. (*Se sienta, y pone al niño sobre sus rodillas.*)
 Entra Bárbara y da una carta á Viera.

VIERA, *examinando el sobre.*

Es de Tomás. Conozco su letra jesuítica. (*La abre.*) Me cita para las tres. Eso sí: no es de los que huyen el bulto.

FEDERICO, *malhumorado.*

Bárbara, llévate este chiquillo, que molesta.

BÁRBARA, *aparte.*

Tan pronto se entusiasma con las criaturas como se cansa de ellas. ¡Ay!, de todo se cansa. (*Tratando de coger al chiquillo, que grita, patalea y se resiste á pasar á sus manos.*)

FEDERICO.

Fefé, no seas malo. Vete con tía Bárbara.

VIERA.

Prefiere estar con nosotros. El angelito gusta de la sociedad. Ea, dámele acá. (*Le toma en brazos.*) Conmigo. ¡Qué bien! Mira qué contento. Tú eres de casta de señores. Bárbara, puedes marcharte y que nos den pronto de almorzar. Dispongo de poco tiempo, y hay mucho que hacer esta tarde. (*Sale Bárbara.*)

FEDERICO.

¿Qué ocupaciones son esas, di? Por Dios, yo te

suplicaría..., yo te agradecería mucho que dejases en paz á Orozco. Es un hombre excelente.

VIERA, *zarandeando al niño y haciéndole cabalgar sobre sus rodillas.*

No niego su excelencia; pero que me la pruebe pagando lo que debe... Anda, caballo...; agárrate, valiente.

FEDERICO.

¿Pero qué crédito es ese? Sin ofenderte, yo dudo mucho que sea un crédito real y efectivo.

VIERA, *con socarronería.*

Buena idea tienes de mí. Aquí no entendéis de negocios, y rendís homenajes demasiado serviles á la delicadeza, madre del no comer y amparadora de la insolvencia. Los negocios son negocios, y se tratan con la crudeza que enseñan los números, lo cual nada quita á las efusiones de la amistad.

FEDERICO, *inquieto.*

Cuéntame, ¿qué diantre de negocio es ese?

VIERA.

Una deuda.

FEDERICO.

Orozco no tiene deudas. Como no hayas descubierto alguna póliza olvidada y prescrita de la *Humanitaria*...

VIERA.

Eres más inocente que este niño que galopa

en mis rodillas, y se cree que monta á caballo. ¿Me juzgas tú á mí capaz de presentarme á Orozco sin refuerzo de documentos legales? ¿Por quién me tomas?

FEDERICO, *con embarazo.*

Es que... me causa pena recordarlo; pero debo decirte que en otras ocasiones, Tomás te ha dado dinero por conmiseración y por evitarse disgustos. Los hombres de orden temen á los pleiteantes enredosos y sin ningún derecho más que á los que de buena fe reclaman su propiedad.

VIERA, *enérgicamente.*

En primer lugar, nadie da dinero por conmiseración, ni aun en este país tan estúpidamente platónico. En segundo lugar, yo vengo aquí á sostener un derecho claro y terminante, no á poner una trampa de derechos ilusorios para que caigan en ella los incautos. Y te diré de paso que tienes de Orozco una idea equivocada. ¿Crees tú que en él no hay más que bondad y mansedumbre, y que lleva su abnegación hasta el extremo de dejarse explotar? ¡Qué tonto eres! Bajo aquella dulzura de carácter, se esconden todas las marrullerías de un ingenio vido. Posee el arte de hacerse pasar por generoso, cuando se ve en el caso de transigir con el derecho ajeno.

FEDERICO.

Me parece que le conoces más por referencias del vulgo que por propia observación. Tomás no es así.

VIERA.

Le he conocido niño, le vi crecer y hacerse hombre. Su padre y yo éramos como hermanos. ¡Ah!, Pepe Orozco, grande hombre para los negocios, sin entrañas, duro y económico en su vida interior hasta la sordidez, también algo zorro y de doble fondo como su hijo. Créeme á mi, que he visto mucho mundo, y he asistido al paso de una generación á otra...; gran enseñanza. Tomás se ha encontrado la fortuna hecha, y le ha sido fácil sentar plaza de virtuoso, de varón justo y magnánimo. (*Con sarcasmo.*) El otro trabajó como un negro, sacrificó á las ganancias su reputación, para que ahora éste se haga pasar por santo. Los padres se condenan para que los hijos puedan labrarse un huequecito en el cielo. La suerte que no hay cielo ni infierno, pues si existieran esos... locales, sólo servirían para hacer eterna la injusticia.

FEDERICO, *tristemente.*

Estás desvariando, y no te puedo seguir.

VIERA.

Te has pasado al enemigo. Mírame cara á

cara. (*Observándole con suspicacia.*) Noto en ti no sé qué... Me sorprende mucho ese interés por una persona con quien no tienes más que relaciones superficiales, de esas que se establecen entre un estómago agradecido y el anfitrión que convida martes y jueves.

FEDERICO.

Le debo mil atenciones. Bien sabes que somos amigos de la infancia.

VIERA.

¿Te ha señalado dietas por hacerle la rueda á tu mujer? ¿Cobras á tanto la frase, á tanto la anécdota y el chascarrillo?

FEDERICO, *conteniendo su ira.*

No me hables de ese modo... No puedo tolerarlo.

VIERA, *riendo.*

¡Cándido! Déjame á mí, déjame, que si le saco á tu anfitrión este platito de lentejas realizaré un acto de justicia, por dos razones: primera, porque es de ley que me dé lo que reclamo; segunda, porque sus bienes fueron mal adquiridos, y deben volver á la masa, al despojado imponente á quien representamos en este instante nosotros, los desfavorecidos de la fortuna.

FEDERICO.

Me hacen padecer horriblemente tus sofiste-

rias. Haz lo que quieras, y no me comuniques ni tus planes ni el resultado que obtengas. Nada pretendo saber. Tratándose de esto, no quiero que haya entre nosotros ni la confianza natural entre hijo y padre.

VIERA.

Gracias. Tu tontería me anonada, porque yo pensaba pagarte tus deudas si salía bien de este negocio...; quiero decir, siempre que tus deudas se limitaran á una cifra razonable.

FEDERICO.

Cuidate de las tuyas. (*Para sí.*) Dios mío, ¡qué hombre! No hace ni dice cosa alguna que no sea para humillarme y herirme en lo más delicado. ¡Es fuerte cosa que no podamos aborrecer á un padre sin atropellar las leyes de la Naturaleza!

VIERA.

No te pareces á mí más que en la figura. Eres un sonámbulo, un cata-humos, y te pasas la vida mirando á las estrellas, viendo la fortuna pasar, rozándote las puntas de los dedos, sin que se te ocurra oprimir la mano y atraparla. Podrías sacar partido inmenso de tus relaciones, de tu buen parecer, de tu arte social, que no debe servirnos sólo para divertir á los ricos, como los bufones antiguos divertían á los reyes, sino para compartir con ellos el imperio

del mundo. La opulencia está en el deber de compartirse con el ingenio, y cuando no lo hace de grado, hay que llamarse á la parte, como el galleguito del cuento, diciéndole: «¿cuánto voy ganando?»

FEDERICO, *para sí.*

No le contesto, porque perderé la serenidad.

CLAUDIA, *entrando.*

Señores..., *almuercitis.* (*Cogiendo al chico de los brazos de Joaquín.*) Ven con tu madre, rey de los cielos y la tierra, ángel de amor, hijo pródi-go, patriarca de las Indias.

VIERA.

Lo que es éste no pasa, Claudia. Es muy bonito para ser de tu marido.

CLAUDIA, *soltando la risa.*

¡Qué cosas tiene el señor! Por estas cruces le juro que es de Pepe.

VIERA.

Vamos, que estás tú buena pieza... A la mesa. Tengo sobre mi cuerpo toda el hambre española. (*Vase.*)

FEDERICO, *abrumado.*

¡Que este hombre sea mi padre! ¡Ay!, me dió su rostro, me puso el sello de su casta para que ni un momento pueda dejar de avergonzarme de ser su hijo.

ESCENA IV

Comedor en casa de Orozco.

AUGUSTA, OROZCO, INFANTE, MALIBRÁN y VILLALONGA, *sentados á la mesa, almorzando.*

OROZCO.

¿Pues qué queria ese terco de Federico? ¿Que viviendo Clotilde como vivía, fuese á pedir su mano un Hohenzollern ó un Habsburgo? Anche le vi tan excitado, que no quise contradecirle por no aumentar su pena. Tuve con él la consideración de apoyar débilmente sus quejas; pero ahora que no está presente, declaro que no tiene razón.

AUGUSTA.

Creo lo mismo. Mil veces le hablé de su hermana augurándole lo que ha pasado. Mal que nos pese, somos arrollados por... la ola democrática. ¿Qué tal la figura? Lo que hay es que nos gusta más verla reventar en la cabeza del vecino que en la propia.

MALIBRÁN.

Como figura del género balneario, no está mal. Eso lo aprendió usted este verano en Archón... Pues volviendo á Federico, opino que es un desequilibrado de marca mayor, aristócrata por las ideas y los gustos, sin los medios materiales de que toda idea necesita disponer para

manifestarse dignamente. Absolutista por temperamento, reniega de verse gobernado por el parecer de la multitud, y su orgullo tropieza á cada instante con las garrulerías de la igualdad. Es una contradicción viva, una antítesis...

AUGUSTA, *interrumpiéndole y burlándose.*

¡Jesús de mi vida, qué sabios venimos hoy!

MALIBRÁN.

Quiero decir que por efecto de esa radical contradicción entre la época y el hombre, todos los actos de éste resultarán incongruentes, no dará un paso que no sea un tropezón, y será al fin envuelto por la ola de que antes nos hablaba usted, ya que no se decide á sortearla, como hacemos los demás.

INFANTE.

Pues yo, sin meterme en filosofías, voy á dar noticias concretas. Esta mañana se presentó en mi casa el trovador de Clotilde.

AUGUSTA, *con viveza.*

¿Y cómo es?

OROZCO.

Según me han dicho, atrevidillo, y no peca de corto.

INFANTE.

Simpático; pero muy simpático, y parece despejadísimo. En cuatro palabras me ha contado su historia. Es huérfano, tiene veintitrés años,

y desde los diez y seis se bandea solo. Es sobrino de un tal Santana, tendero en la calle de Lope de Vega, y de otro en la Plaza Mayor, que le llaman Jáuregui, y de otro cuyo nombre y señas no recuerdo. En fin, que cuenta media docena de tíos, detallistas de comestibles. Sabe al dedillo la partida doble, y escribe cartas comerciales en francés; tiene título de perito mercantil, y se ganó un premio de Economía política.

AUGUSTA, *con animación.*

¡Angel de Dios!... Señores, es preciso que le protejamos entre todos.

INFANTE.

El tío Santana le ocupaba en llevar la contabilidad y la correspondencia; y en medio de esta prosaica tarea nacieron los castos amores con la hermana de Federico. Pero ¡vean ustedes qué desgracia! Casi en los mismos días en que los tórtolos se lanzaban de cabeza en lo ideal, el tío Santana, por la paralización de los negocios y la necesidad de economías, despidió al chico, que á la sazón vive al amparo de su tío Jáuregui, sin sueldo. ¡Ah!, otro detalle. Nunca ha servido en el mostrador, que repugna á sus hábitos y á su educación; pero está decidido á todo, hasta á fregar copas en una taberna, con tal de ganarse el pan para mantener á la elegida de su corazón.

AUGUSTA.

Decididamente, le hemos de proteger.

MALIBRÁN.

¿Le encuentra usted chiste á la historia?

AUGUSTA.

La encuentro hasta poética. Por lo que veo, el verdadero amor, el principio activo que gobierna el mundo, no existe ya más que en la clase de dependientes de comercio. No podemos abandonar á ese joven. ¿Verdad, Tomás? (*Orozco sonríe sin decir nada.*)

INFANTE.

Contóme también cómo nacieron y se formalizaron sus amores. Durante un mes no hacían más que mirarse, mirarse, hechos un par de bobos. Por fin, movido de un instinto irresistible, escribía con letras gordas en un pliego abierto, al modo de cartel, frases de ternura, y desde su balcón se las mostraba á la niña, que al principio huía ruborizada, soltaba la risa después, y últimamente ponía una cara muy triste cuando él no estaba.

AUGUSTA.

¿Y cómo, no estando en el balcón, sabía él que la chiquilla ponía la cara triste?

INFANTE.

Esa misma pregunta le hice yo, y me contes-

tó, ¡miren si es pillol, que entornaba las maderas de modo que pareciese no estar allí, y por un agujerito observaba en la cara de la niña el efecto de su fingida ausencia.

VILLALONGA.

¿Sabe ó no sabe el pájaro ese?

AUGUSTA, *con calor.*

Hay que casarles, aunque no sea sino para premiar esa manera primitiva y pura de hacerse el amor. Eso es de lo que no se ve ya.

INFANTE.

Luego vinieron las cartitas, de que fueron conductores, por dicha de ambos, las criadas de Federico, hasta que una noche logró Santana colarse en la casa.

MALIBRÁN, *vivamente.*

Sí, hay que casarles; en eso estamos conformes, Augusta, aunque no por las razones que usted alega, sino por otras de un orden muy diferente.

AUGUSTA.

Cállese usted, mal pensado. ¿Qué hay en estos amores que no sea la misma inocencia? ¡Bah, que entraba de noche en la casa! ¿Y qué?

VILLALONGA.

Nada, nada, que entraba á tomarle las medidas del cuerpo para encargarse el traje de boda.

AUGUSTA, *conteniendo la risa.*

Cállese usted también, groserote: no dice más que disparates.

INFANTE.

Y por fin, después de referirme su historia, me suplicó que le consiguiera un destinito de oficial quinto, para poder casarse.

OROZCO.

¿Y qué hace usted que no lo pide al momento?

AUGUSTA.

Yo que tú, volvía loco á todo el Ministerio hasta obtener la plaza.

INFANTE.

En estas alturas, es más difícil sacar una plaza de oficial quinto que una Dirección general. Pero algo haré, porque el chico ese me ha entrado por el ojo derecho. «Pida usted informes á mis tíos acerca de mi honradez—decía,—y como no se los den buenos, me dejo cortar la cabeza.» No quiere el destino más que como ayuda en los primeros tiempos, hasta que pueda tomar rumbos mejores. Y vean ustedes si el nene es activo y sabe apreciar el valor del tiempo. Por las mañanas emplea dos horitas en llevar las cuentas de una tienda de huevos de la Cava de San Miguel. De tarde, la misma faena en un establecimiento de ropas en liquidación, y por

las noches se pasa tres ó cuatro horas escribiendo al dictado en casa de un notario. Con esto reúne el pobrecillo sus treinta dureses al mes, que le saben á gloria por el trabajo que le cuesta ganarlos; mas para casarse le hace falta otro tanto, ó por lo menos la mitad. Ha echado bien la cuenta, y es de los que no gastan un real sin saber de dónde ha de salir. ¿Qué tal? ¿Es éste, sí ó no, un hombre predestinado á capitalista?

VILLALONGA, *dando una palmada en la mesa.*

Acuérdense todos los presentes de lo que digo. Si vivimos, á ese monigote le hemos de ver con más dinero que nosotros.

OROZCO.

Pues tiene, tiene, sí, señor, la fibra económica.

AUGUSTA.

¡Cuando digo que es preciso darle la mano!

INFANTE.

Aunque no quieran ustedes, tendrán que protegerle, porque es de los que se meten por el ojo de una aguja, y sabiendo que aquí hay buenos corazones, no tardará en llamar á esta puerta. Por si no cuaja lo de oficial quinto, quiere entrar de tenedor de libros en una casa de banca. De ello me habló también, rogándome..., ya ven ustedes como no pierde ripio...,

que intercediera con el Sr. de Orozco para que éste le recomendara á Trujillo y Ruiz Ochoa, en cuyo escritorio hay, según parece, una vacante de tenedor.

OROZCO.

Si que la hay; pero no seré yo quien le recomiende...

AUGUSTA, *con gracejo*.

Tomás de mi vida, no te me hagas el feroz tirano.

OROZCO.

¡Pero hija de mi alma, si ya he recomendado á tres..., á tres!

INFANTE.

Yo, no sólo prometí hablar con interés al amigo Orozco, sino que invité á Santana á que viniera á verle...

OROZCO.

Angel de Dios, ¿le parece á usted que no tengo ya bastantes jaquecas?

INFANTE.

Es que yo quiero que conozca usted á este rey de las hormigas.

OROZCO.

¿Para qué, si no puedo hacer nada por él? Dígale usted que no se moleste.

INFANTE.

Ya será tarde; porque, ó mucho me engaño,

ó ese es de los que obran rápidamente y detestan el *mañana*. Hoy le tendrá usted aquí.

OROZCO, *benévolutamente*.

Mi casa es un hospicio, y no puedo verme libre de postulantes, que me marean pidiéndome lo que darles no puedo: éste una credencial, el otro una fianza, aquél dinero para salir de un apuro, el de más allá ropas usadas; y no falta quien me pida billetes de teatro, ó una recomendación para obtener la cruz de Beneficencia. La suerte mía es que cantando se vienen y cantando se van.

MALIBRÁN.

Amigo mío, aunque usted se empeñe en desacreditarse, no lo conseguirá.

AUGUSTA, *á su marido*.

Hijo, en este caso has de desmentir tu fiereza, tu crueldad y tu tacañería, recibiendo bien al pobre Santana y procurándole el destino en casa de Trujillo. Lo necesita para casarse. De ti depende la ventura de esa familia en ciernes. ¡Casarse así, con todas las ilusiones del amor, y con esas ansias de trabajar, previendo los hijitos que habrá de mantener! Estos son los seres verdaderamente providenciales, los que aumentan la raza humana, los que hacen poderosas y ricas á las naciones. Verán ustedes cómo Clotilde se carga de familia en pocos años, y cómo ese ma-